

SEGUNDA PARTE

El drama

—¿Qué tiene usted, hijo mío?—dijo Claudio á Calixto, yéndose silenciosamente á su lado y tomándole la mano.— Usted ama, y se cree despreciado; pero no hay nada de eso. Dentro de algunos días tendrá usted el campo libre, reinará usted solo aquí, y se verá amado por más de una persona; en fin, si se conduce usted bien, estará usted aquí como un sultán.

—¿Qué me dice usted?—exclamó Calixto levantándose y haciendo seña á Claudio de que se trasladase á la biblioteca.

—¿Quién me ama aquí?

—Camilo—respondió Claudio.

—¿Me ama Camilo?—preguntó Calixto.—¿Y usted?

—Yo...—repuso Claudio—yo...

Y no continuó. Después se sentó en un sofá y, apoyando la cabeza en un cojín, con profunda melancolía dijo:

—Yo estoy aburrido de la vida y no tengo valor para dejarla. Quisiera haberme engañado en lo que acabo de decirle; pero hace ya unos días que veo cosas raras en ella. No crea usted que fui á pasearme por las rocas de Croisic por mi gusto. La amargura de mis palabras al volver, cuando lo encontré á usted hablando con Camilo, brotaba del fondo de mi amor propio herido. No tardaré en tener una explicación con Camilo. Dos espíritus tan perspicaces como el suyo y el mío no pueden engañarse mucho tiempo. Entre dos due-listas de profesión, el combate no dura mucho; así es que ya puedo de antemano anunciarle á usted mi partida. Sí, dejaré á Touches. Es fácil que me vaya mañana mismo con Conti. Una vez que nosotros hayamos marchado, seguramente que

pasarán aquí cosas terribles, y yo tendré siempre el sentimiento de no poder asistir á esas luchas de pasión tan raras en Francia y tan dramáticas. Usted es muy joven aún para una lucha tan peligrosa, y créame que siento por usted verdadero interés; tanto, que, á no ser por la repulsión que me inspiran las mujeres, permanecería aquí para ayudarle en la partida, la cual es difícil y podría usted perderla, porque tiene usted que habérselas con dos mujeres extraordinarias, y está demasiado enamorado de la una, para servirse de la otra. Beatriz es de carácter obstinado, y de carácter grande Camilo, y no tendría nada de particular que, arrastrado por los torrentes de la pasión y como frágil y delicado que es usted, quede estrellado entre estos dos escollos. Tenga usted mucho cuidado.

La estupefacción de Calixto al oír estas palabras permitió á Claudio Viñón decir las y abandonar al joven bretón, el cual quedó como el viajero á quien un guía de los Alpes enseña la profundidad del abismo arrojando á él una piedra. ¡Saber por la misma boca de Claudio, que él, que Calixto, era amado por Camilo, en el momento en que se sentía enamorado de Beatriz para toda su vida! Para un alma tan joven y tan sencilla como la suya, esta consideración tenía grandísima importancia. Agobiado por un pesar inmenso ante la dificultad de su posición entre Beatriz, á quien amaba, y Felicidad, á la que ya no amaba y por la que Claudio le decía ser amado, el pobre niño se desesperaba, permanecía indeciso, sumido en sus pensamientos, y buscaba en vano las razones que había tenido Felicidad para rechazar su amor y correr á París á buscar á Claudio Viñón. Había momentos en que la voz de Beatriz llegaba pura y fresca á sus oídos y le causaba esas violentas emociones que había procurado evitar dejando el saloncito, y á intervalos llegó á no ser dueño de reprimir un feroz deseo de cogerla y de llevársela. ¿Qué iba á ser de él? ¿Debía volver á Touches? Sabiendo que Felicidad le amaba, ¿debía seguir adorando á Beatriz? El pobre Calixto no encontraba solución para estas dificultades. Insensiblemente, el silencio reinó en la casa. El enamorado joven oyó, sin hacer caso, el ruido de varias puertas que se cerraban. Después contó las doce campanadas de media noche en el reloj del cuarto vecino, donde la voz de Felicidad y la de Claudio se dejaron oír, sacándole de la profunda contemplación de su porvenir, donde brillaba una luz en medio de las

tinieblas. Antes de presentarse para despedirse, Calixto pudo oír estas terribles palabras pronunciadas por Viñón:

—Usted llegó á París perdidamente enamorada de Calixto; pero se asustó usted de las consecuencias de semejante pasión á su edad, comprendiendo que la conducía á un abismo, á un infierno, acaso al suicidio. El amor no subsiste más que creyéndose eterno, y usted vió á pocos pasos del debut la separación horrible: el sufrimiento y la vejez aniquilando, casi al nacer, un sublime poema. Se acordó usted de *Adolfo*, espantoso desenlace de los amores de la señora de Staël y Benjamín Constant, cuya edad no era, sin embargo, tan desproporcionada como lo es la de usted respecto á Calixto, y entonces me tomó usted como toma el militar las faginas para levantar una trinchera entre el enemigo y él. Pero si quería usted que yo le tomase el gusto á Touches, ¿no lo hacía para pasar aquí sus días entregada á la adoración completa de su Dios? Sin embargo, para llevar á cabo su plan, innoble al par que sublime, debió usted buscar un hombre vulgar ó un hombre á quien se pudiese engañar fácilmente. Me creyó usted cándido y fácil de engañar, como hombre de genio; pero, al parecer, yo sólo soy hombre de ingenio: la he comprendido á usted. Cuando le hice á usted ayer el elogio de las mujeres de su edad, explicándole el por qué Calixto la amaba, ¿cree que tomé por mías sus miradas arrebatadoras y encantadas? ¿No había leído yo ya en su alma? Sus ojos estaban vueltos hacia mí, pero su corazón latía por Calixto. Usted no ha sido nunca amada, mi pobre Maupín, ni lo será nunca, después de haber rechazado el hermoso fruto que la casualidad le ha ofrecido á las puertas del infierno de las mujeres, puertas que giran sobre sus goznes empujadas por la cifra 50.

—¿Por qué huye, pues, el amor de mí?—dijo Felicidad con voz alterada.—Digamelo usted que lo sabe todo.

—Porque usted no es amable—repuso el poeta,—y en lugar de subyugarse al amor, pretende que éste se subyugue á usted. Podrá usted, sin duda, afectar las caricias y la sencillez de un niño; pero no posee usted inocencia en el corazón; hay demasiada profundidad en su espíritu; no ha sido usted nunca sencilla, y ciertamente que no empezará usted á serlo hoy. La gracia de usted proviene del misterio, de la abstracción; pero carece de actividad. Finalmente, su fuerza aleja de usted á las gentes fuertes, las cuales prevén una lucha.

El poder de usted puede agradar á almas jóvenes que, como la de Calixto, gustan de ser protegidas; pero á la larga, esta protección cansa. Usted es grande y sublime, y los inconvenientes de estas dos cualidades llegan á aburrir.

—¡Qué fallo!—exclamó Camilo.—¿De modo que no puedo ser mujer? ¿Soy acaso un monstruo?

—¡Quién sabe!—dijo Claudio.

—¡Lo veremos!—exclamó la mujer picada en su amor propio.

—Adiós, querida mía, mañana parto. No le guardo á usted rencor alguno y la considero una gran mujer; pero si continuase sirviéndole de escudo, llegaría usted á sentir por mí profundo desprecio. Podemos separarnos sin pesar y sin remordimientos, pues no tenemos que llorar la pérdida de dicha alguna ni esperanzas frustradas. Para usted, como para algunos hombres de genio sumamente raros, el amor no es lo que la naturaleza ha querido hacer de él: una necesidad imperiosa á cuya satisfacción van unidos vivos, pero pasajeros placeres, y que muere; usted lo ve tal como lo ha creado el cristianismo: un reino ideal, lleno de sentimientos nobles, de grandes pequeñeces, de poesías, de sensaciones espirituales, de abnegaciones, de flores morales, de armonías encantadoras y colocado muy por encima de las vulgares groserías, pero adonde van dos criaturas unidas en una sola y elevadas por las alas del placer. He aquí lo que yo esperaba: yo creía haber cogido una de las llaves que nos abren la puerta, cerrada para tantas gentes, y por la cual se lanza uno al infierno. Pero usted había pasado ya su umbral. Así es que me ha engañado. Vuelvo á la miseria, á mi vasta prisión de París. Me hubiera bastado este engaño al principio de mi carrera para hacerme huir de las mujeres: hoy hace sufrir á mi alma un desencanto que me sume para siempre en una soledad espantosa, en la cual me encontraré sin la fe que ayudaba á los santos Padres á poblarla de imágenes sagradas. He aquí, mi querido Camilo, adónde nos lleva la superioridad de espíritu. Hoy podemos cantar ambos el horrible himno que un poeta pone en boca de Moisés hablando á Dios:

Señor, ¡hábeisme hecho poderoso y solitario!

En este momento se presentó Calixto.

—Yo no debo dejarles á ustedes ignorar que estoy aquí—dijo el joven.

La señorita de Touches expresó una viva contrariedad, y la sangre toda de su cuerpo se agolpó á su rostro, coloreándolo con tonos de fuego. Mientras duró esta escena, Felicidad estuvo más hermosa que en ningún momento de su vida.

—Creíamos que se había usted marchado—dijo Claudio,—pero esta indiscreción involuntaria por ambas partes carece de peligro, pues acaso se encuentre usted más á sus anchas en Touches conociendo á Felicidad por entero. Su silencio demuestra que no me he engañado acerca del papel que me quería hacer representar. Como le decía á usted hace un momento, Felicidad le ama; pero le ama por usted y no por ella, sentimiento éste que pocas mujeres son capaces de concebir y de abrazar: pocas mujeres conocen la voluptuosidad de los dolores distraídos con el deseo, voluptuosidad que constituye una de las magníficas pasiones reservadas solamente al hombre; ¡pero Felicidad tiene algo de hombre!—añadió Claudio con tono burlón.—Su pasión por Beatriz le hará sufrir y gozar al mismo tiempo.

Estas palabras hicieron derramar lágrimas á la señorita de Touches, la cual no se atrevía á mirar ni al terrible Claudio Viñón ni al ingenuo Calixto; estaba asustada de haber sido comprendida, pues no creía posible que ningún hombre, por grande que fuese su penetración, pudiese adivinar una delicadeza tan cruel, un heroísmo tan elevado como el suyo. Al verla tan humillada, Calixto participó de la emoción de aquella mujer que tanta admiración le había causado y á quien veía á la sazón tan abatida, y, llevado de un irresistible impulso, se arrojó á los pies de Camilo y le besó las manos, ocultando entre ellas su rostro cubierto de lágrimas.

—Claudio—dijo Camilo,—no me abandone usted; ¿qué va á ser de mí?

—Ahora nada tiene usted que temer, respondió el crítico.—Calixto ama ya á la marquesa con locura, y seguramente que no podría usted encontrar una barrera más fuerte entre usted y él, que ese amor excitado por usted misma. Esa pasión vale mil veces más que yo. Ayer había peligro para usted y para él; pero hoy todo se convertirá para usted en dicha maternal y se sentirá usted orgullosa de sus triunfos,—añadió dirigiéndole una mirada burlona.

La señorita de Touches miró á Calixto, el cual, al oír estas últimas palabras, levantó la cabeza con brusquedad.

Por toda venganza, Claudio Viñón se complacía en ver la confusión de Calixto y Felicidad.

—Usted le ha empujado hacia la señora de Rochefide, y el pobre joven se encuentra ahora bajo el imperio de sus encantos. Usted misma se ha cavado la fosa que le ha de servir de tumba. Si se hubiese usted confiado á mí, habría evitado las desgracias que la esperan.

—¡Desgracias!—exclamó Camilo, tomando entre sus manos la cabeza de Calixto y cubriéndola de besos y de lágrimas.—No, Calixto; usted olvidará todo lo que acaba de oír, y debe hacer caso omiso de mí.

Y esto diciendo, se irguió ante aquellos dos hombres y los aterró con el brillo que despidieron sus ojos, en los que resplandecía toda su alma.

—Mientras que Claudio hablaba—continuó Felicidad,—concebí toda la hermosura y la grandeza de un amor sin esperanza... Un amor así ¿no es el único sentimiento que más nos aproxima á Dios? No me ames, no, Calixto, que yo te amaré en cambio como jamás te amará mujer alguna en el mundo.

Este grito fué el grito más salvaje que jamás águila herida hubiese lanzado en su nido. Claudio hincó la rodilla en tierra, tomó una mano de Felicidad y la besó.

—Déjenos usted, amigo mío—dijo la señorita de Touches al joven;—su madre podría estar inquieta.

Calixto volvió á Gueranda con paso lento, volviendo de vez en cuando la cabeza para ver la luz que brillaba en las ventanas de la habitación de Beatriz. El joven se sorprendía de sentir tan poca compasión por Camilo, y casi le tenía ojeriza por haberle privado de quince meses de dicha. Después experimentaba los estremecimientos que Camilo acababa de causarle, sentía en sus cabellos las lágrimas que ella había depositado, sufría con sus penas y creía oír los gemidos que lanzaba sin duda aquella gran mujer, tan deseada algunos días antes. Al abrir la puerta del hogar paterno, donde reinaba un profundo silencio, Calixto vió por la ventana, á la luz de aquel quinqué de tan sencilla construcción, á su madre que trabajaba esperándole, y dos gruesas lágrimas humedecieron sus mejillas.

—¿Qué ha ocurrido de nuevo?—preguntó Fanny, cuyo rostro expresaba horrible inquietud.

Por toda respuesta, Calixto tomó á su madre en sus bra-

zos y la besó en las mejillas, en la frente y en los cabellos, con esa apasionada efusión que arrebató á las madres y las penetra de las sutiles llamas de la vida que ellas mismas han dado.

—A ti es á quien amo—dijo Calixto á su madre,—á ti, que sólo vives para mí y que sólo anhelas mi dicha.

—Pero te encuentro cambiado, hijo mío—dijo la baronesa con templando á su hijo.—¿Qué te ha ocurrido?

—Que Camilo me ama y yo no la amo á ella.

La baronesa atrajo á su hijo hacia sí y le besó en la frente, y Calixto oyó, en medio del profundo silencio de aquel salón antiguo, los latidos de la viva palpación del corazón de su madre. La irlandesa estaba celosa de Camilo y presentía la verdad. Oyendo á su hijo todas las noches, aquella madre había adivinado la pasión de Felicidad, había penetrado en su corazón y, sin poder explicarse el porqué, se había imaginado que esta joven sentía un capricho de maternidad. El relato de Calixto asustó á aquella madre sencilla é inocente.

—Pues bien—dijo la baronesa después de una pausa,—ama á la señora de Rochefide, en la seguridad de que no me causarás pesar alguno.

Beatriz no era libre y no destruía así ninguno de los proyectos que se había formado respecto al porvenir de Calixto, ó, por lo menos, Fanny lo creía así, y no viendo en la marquesa más que una especie de nuera á quien amar y no otra madre con quien competir.

—Pero Beatriz no me amará—exclamó Calixto.

—¿Quién sabe!—respondió la baronesa con aire malicioso.—¿No me has dicho que se quedaba sola mañana?

—Sí.

—Pues bien, hijo mío—añadió la madre poniéndose roja como la grana,—los celos existen en el fondo de todos los corazones, y yo no sabía encontrarlos en el fondo del mío, porque no creía que pudiése haber madre que me disputase el afecto de mi Calixto—y al decir esto, lanzó un suspiro.—Yo creía—continuó—que el matrimonio sería para ti lo que fué para mí. ¡Cuánta luz has hecho penetrar en mi alma en dos meses! Ángel mío, ¡con qué reflejos nace tu natural amor! Mira, finge que sigues amando á la señorita de Touches, y de este modo la marquesa estará celosa y lograrás su amor.

—¡Oh! mamá querida. ¡Felicidad no me hubiera dicho

esto!—exclamó Calixto cogiendo á su madre por el talle y besándola en el cuello.

—¡Ah! malo, malo, ¡qué perversa me vuelves! —dijo la madre, satisfecha al ver el radiante rostro que la esperanza había devuelto á su hijo, el cual subió alegremente la escalera de la torrecilla.

Al día siguiente por la mañana, Calixto dijo á Gasselín que fuese á ponerse de centinela en el camino de Gueranda á San Nazario y que contase las personas que iban en el coche de la señorita de Touches. Gasselín volvió cuando toda la familia estaba reunida almorzando.

—¿Qué ocurre?—dijo á Gasselín, que corría como si hubiese fuego en Gueranda.

—Habrá cogido el ratón campesino que acechaba—dijo Marieta, que llevaba el café, la leche y las tostadas.

—No, porque viene de la ciudad y no del jardín —respondió la señorita de Guenic.

—Es que el ratón tiene el nido detrás del muro de la parte de la plaza—dijo Marieta.

—Señorito, iban cinco: cuatro dentro y el cochero.

—¿Dos damas en el fondo?

—Y dos caballeros delante—respondió Gasselín.

—Ensilla el caballo de mi padre, síguelos, llega á San Nazario en el momento en que el bote salga para Paimbœuf, y, si los dos hombres se embarcan, corre á decírmelo al galope.

Gasselín salió.

—Sobrino mío, tiene usted el diablo en el cuerpo —dijo la anciana Ceferina.

—Déjele usted que se divierta, hermana mía; mírelo usted, estaba triste como un buho, y ahora está alegre como un pinzón.

—¿Le ha dicho usted acaso que viene nuestra querida Carlota?—exclamó la solterona, volviéndose hacia su cuñada.

—No—respondió la baronesa.

—Yo creía que deseaba salir á su encuentro —dijo más cíelosamente la señorita de Guenic.

—Si Carlota permanece tres meses en casa de su tía, tiempo le queda para verla—respondió la baronesa.

—¡Caramba! hermana mía, ¿qué ha pasado desde ayer? —preguntó la solterona.—¡Tan contenta como usted estaba

al saber que la señorita de Pen-Hoël iba esta mañana á ver á su sobrina!

—Tía, Jacobita quiere casarme con Carlota para librarme de la perdición—dijo Calixto riéndose y lanzando á su madre una mirada de inteligencia. — Yo estaba en el mallo cuando la señorita de Pen Hoël hablaba con el caballero de Halga; pero ella no ha pensado que sería mayor perdición para mí casarme tan joven.

—Está escrito allá arriba que no he de morir yo tranquila y feliz—exclamó la solterona interrumpiendo á Calixto.—Yo hubiera querido ver nuestra familia continuada y algunas de nuestras tierras rescatadas, y me parece que no veré nada... Sobrino mío, ¿puedes alegar algo que tenga bastante peso para librarte del cumplimiento de estos deberes?

—Pero ¿es que la señorita de Touches podrá impedir á Calixto que se case con quien quiera?—dijo el barón.—Tengo que ir á ver á esa joven.

—Papá, puedo asegurarle que esa joven no será nunca un obstáculo para mi matrimonio.

—No entiendo este lío—dijo la anciana ciega, que ignoraba la súbita pasión de su sobrino por la marquesa de Rochefide.

La madre guardó el secreto á su hijo. En esta materia el silencio es instintivo en todas las mujeres. La anciana quedó sumida en profunda meditación, escuchando con todas sus fuerzas y analizando los matices de las voces y el ruido, para poder adivinar el misterio que se le ocultaba. Gasselín no tardó en llegar, y dijo á su joven amo que no había tenido necesidad de ir á San Nazario para saber que la señorita de Touches y su amiga volvieron solas, pues le habían dicho en Gueranda que Bernús se había encargado del equipaje de los caballeros.

—¡A la vuelta vendrán solas!—exclamó Calixto.—Ensilla mi caballo.

Por el tono de su joven amo, Gasselín creyó que ocurría algo grave, y, en su consecuencia, se fué á ensillar los dos caballos, cargó las pistolas sin decir nada á nadie y se vistió para seguir á Calixto.

Este estaba tan contento al saber que Jenaro y Claudio se habían marchado, que no sospechaba el encuentro que iba á tener en San Nazario, ni pensaba más que en el placer

de acompañar á la marquesa. En su consecuencia, tomó las manos de su padre y se las estrechó tiernamente; besó á su madre y abrazó á su anciana tía.

—En fin, de todos modos prefiero verle así que triste—dijo la anciana Ceferina.

—¿Adónde vas, caballero?—le dijo su padre.

—A San Nazario.

—¿Diablo! ¿y para cuándo es el matrimonio?—dijo el barón, que creyó á su hijo impaciente por volver á ver á Carlota de Kergarouët.—Ya me tarda, y es tiempo que me hagas abuelo.

Cuando Gasselín se presentó con la intención bastante evidente de acompañar á Calixto, el joven pensó que podría ir en el coche con Camilo y Beatriz, dejándole el caballo á Gasselín, y le dió un golpecito en la espalda, diciéndole:

—Has tenido penetración.

—¿Ya lo creo!—respondió Gasselín.

—Hijo mío—dijo el padre yendo con Fanny hasta la balaustrada de la escalinata exterior,—no arrees demasiado á los caballos, porque tendrán que andar doce leguas.

—Tesoro mío querido—dijo la madre al ver que Calixto inclinaba la cabeza bajo la bóveda de la puerta de entrada.

Calixto partió, después de haber cambiado la más penetrante mirada con su madre.

—¿Que Dios le proteja!—respondió el barón,—porque nosotros seguramente que no volveríamos á hacer otro.

Estas palabras, dichas con el tono picaresco de los hidalgos de provincias, hicieron estremecer á la baronesa.

—Mi sobrino no ama tanto á Carlota para salir á su encuentro—dijo la ciega á Marieta, que quitaba á la sazón la mesa.

—Es que ha llegado á Touches una gran dama, una marquesa, y el señorito corre detrás de ella—dijo Marieta.—¡Bah! son cosas de su edad.

—Acabarán por matárnoslo—dijo la señorita de Guenic.

—¡Ca! señorita, eso no le matará; al contrario—respondió Marieta, que parecía contenta al ver la alegría de Calixto.

Calixto llevaba un paso capaz de reventar á su caballo, cuando Gasselín le preguntó muy oportunamente si deseaba llegar antes de que marchase el bote, y, como no fuesen tales sus intentos, pues no deseaba ver ni á Conti ni á

Claudio, el joven moderó el paso de su caballo y se puso á mirar complacientemente los dobles surcos trazados por las ruedas de la calesa en las partes arenosas del camino. El solo pensamiento de: «¡Ella ha pasado por aquí, volverá por aquí, sus miradas se han fijado en estos bosques, en estos árboles!» le volvió loco de alegría.

—¿Qué camino más encantador!—dijo á Gasselín.

—¡Ah, señor! Bretaña es el país más hermoso del mundo—respondió el criado.—¿Hay en ninguna parte del mundo flores en los setos y caminitos que serpenteen como éste?

—En ningún país, Gasselín.

—Ahí está el coche de Bernús—dijo Gasselín.

—¿Diablo! y la señorita de Pen Hoël y su sobrina vendrán con él—dijo Calixto.—¡Escondámonos!

—¿Aquí, señor? ¿está usted loco? ¡Si estamos en las arenas!

El coche, que subía efectivamente una cuesta bastante arenosa, se presentó á los ojos de Calixto, con toda la sencillez de su construcción bretona. Con gran asombro del joven, el coche iba lleno.

—Hemos dejado á la señorita de Pen-Hoël, á su hermana y á su sobrina, que se han disgustado mucho al encontrarse con que todos los asientos habían sido tomados por la aduana—dijo el conductor á Gasselín.

—¡Estoy perdido!—exclamó Calixto.

En efecto, el coche estaba lleno de empleados que iban, sin duda, á relevar á los de las salinas. Cuando Calixto llegó á la pequeña explanada donde se levanta la iglesia de San Nazario y desde donde se ve Paimbœuf y la majestuosa desembocadura del Loira luchando con el mar, encontró allí á Camilo y á la marquesa agitando sus pañuelos para dar el último adiós á los pasajeros que iban en el vaporcito. Beatriz estaba arrebatadora de aquel modo: el color de su rostro estaba suavizado por el reflejo de un sombrero de paja que llevaba atado mediante una cinta color de amapola; vestía traje de muselina salpicada de flores y mostraba su diminuto y elegante pie calzado con botina verde, y, apoyándose en su frágil sombrilla, enseñaba sus hermosas manos perfectamente enguantadas. Nada es más grandioso para la vista que una mujer en lo alto de una roca, cual si fuese una estatua sobre el pedestal. Conti pudo ver entonces que Calixto se aproximaba á Camilo.